

iba acompañando á Inglaterra al duque de Anjou, que pasaba á solicitar la mano de la Reina, coincidió con esta sentencia. Mandó Parsons dar algunos pasos cerca de este escritor, cuyas obras estaban en boga en la universidad de Cambridge, rogándole que emplease su influjo con Isabel para obtener una conmutacion de pena: «He venido á Londres, contestó Bodin, para negociar un «matrimonio, y no para mezclarme en asuntos de religion.» Luego que los consejeros de la corona tuvieron noticia de este paso infructuoso, resolvieron entregar al verdugo las cabezas de los sacerdotes católicos á vista de un Príncipe que tambien lo era, siendo ejecutados el viernes 1.º de diciembre de 1581 los sacerdotes Campion, Sherwin y Briand.

Colocáronles aquel mismo dia en unas carretas innobles, tiradas por caballos raquíticos é inmundos, y los condujeron á Ti-burn. Mendoza, embajador de España en Londres, que fue testigo de esta triple ejecucion, nos proporciona en su correspondencia con Felipe II los principales detalles ¹. «El continente del «Jesuita, dice, era grave y digno de él. Con los brazos cruzados «sobre el pecho, cuanto lo permitian los vaivenes de la carreta, «ora levantando los ojos al cielo, ora girándolos hácia los que le «llenaban de ultrajes, se ocupaba en darles gracias con la vista «ó de palabra. Se aproximó á él un predicante que con la amenaza en los labios: *Preparaos á bien morir*, le dijo: á que el Jesuita «contestó: *Y vos, preparaos á vivir bien.*»

En Inglaterra, todo ajusticiado tiene en su hora suprema un derecho incontestable para arengar al pueblo desde lo alto del patíbulo; y viendo Campion en derredor suyo una multitud de católicos que habian venido con los condes de Warwieh, Arundel y Hertford con el objeto de recoger el último testimonio de su fe, empezaba á desarrollar este texto: «Hemos llegado á ser el «espectáculo del mundo, de los Ángeles y de los hombres,» cuando fue interrumpido por el consejero Knolly, que le dijo: «Confesad vuestra traicion, y pedid perdon á la Reina en vez de «predicarnos.—Si ser católico es un crimen, exclamó el Jesuita, «desde luego me declaro traidor; pero tomo por testigo al Dios «que escudriña los corazones, y que dentro de un instante me «verá comparecer ante su temible tribunal, de que jamás he conspirado contra la Reina, contra la patria, ni contra persona al-

¹ Carta del 4 de diciembre de 1581.

«guna, y que por ese lado no merezco el nombre ni la muerte de «traidor.» Instáronle los ministros calvinistas que renunciase á la obediencia de la Santa Sede, y contestó: «Soy católico.» Aproximóse á él el Dr. Kern diciéndole: «Orad al menos con nosotros y decid únicamente: Cristo, ten misericordia de mí.—A na- «die prohibo el orar, replicó este; pero debeis acordaros que no «profesamos la misma religion.—¡Pues bien! Orad vos solo, pi- «diendo á Dios por la Reina, añadió otro de los presentes.—¡Oh! «sí, y de muy buena gana, exclamó Campion; he dirigido tan «frecuentes plegarias al cielo por la salvacion de su alma, que no «tengo dificultad en dirigirlé esta postrera.—¿Por qué reina pe- «dís? interrogó al Jesuita Carlos Howard, gran almirante de In- «laterra, que se hallaba entre un gran número de cortesanos que «rodeaban el carreton en que se hallaba el paciente, no léjos de «la horca.—Por S. M. Isabel, vuestra reina y la mia, añadió el «interpelado.»

Púsose la carreta en movimiento dejando al Padre colgado. Pero el suplicio ordinario de los criminales de lesa majestad no se reducía á esto solo: apenas estaban suspendidos de la horca cuando cortaba el verdugo la cuerda, y tendiendo sobre una mesa la víctima todavía palpitante, la introducía un cuchillo por el pecho, la arrancaba el corazón, y después de habersele enseñado al pueblo diciendo: *¡Hé aquí el corazón de un traidor!* lanzaba á las llamas aquellos sangrientos despojos. Iba el ejecutor á desempeñar su oficio acostumbrado, cuando Carlos Howard, queriendo dar sin duda una prueba de simpatía á la inocencia manifiesta del Jesuita, mandó á los ejecutores que no le tocasen hasta que hubiese exhalado el último suspiro; y así este Padre no fue descuartizado en vida. Sherwin y Briand, que habian demostrado el mismo valor, sufrieron igual pena.

Hé aquí la carta que escribió tres dias después de esta ocurrencia D. Bernardino de Mendoza á su hermana doña Ana: «Supuesto que resido en un país desde el cual no estaria bien visto «en mi cualidad de embajador referiros cuanto tiene relacion con «los mártires, no tardaréis en saberlo por una carta de Serrano. «Os suplico que mandeis sacar copia de ella, remitiéndosela en «mi nombre á los Padres de la Compañía de Jesús para que sea «publicada en todas sus casas; añadiréis que yo mismo puedo dar «fe, así como cuantos aquí están, de la manera con que ha ido á

«aumentar el número de los mas ilustres mártires de la Iglesia de
«Dios el P. Campion, y que su Orden puede considerarle como tal.»

El 1.º de marzo de 1582, Parsons, á quien no aterraba este triple suplicio, escribió desde el mismo Londres al P. Agazzari, rector del colegio inglés de Roma: «Los Protestantes moderados nos
«muestran, casi todos, buenos sentimientos, confesando que
«nuestra causa ha ganado infinito, tanto por la muerte, reputa-
«da completamente injusta, de estos tres sacerdotes, como en
«razon de las veces que hemos desafiado á nuestros adversarios,
«sin que se hayan atrevido á disputar con nosotros. Dificil seria
«describir ó concebir, sin haberlo visto, el bien que ha resulta-
«do. Cuéntanse cuatro mil personas que han vuelto al gremio de
«la Iglesia, al paso que no tienen número los sectarios que han
«empezado á dudar de la verdad de su creencia. Todos los católi-
«cos que han sido víctimas de la persecucion, sufren en las cárce-
«les, triunfan y se entregan al júbilo. Jamás han sido tan nume-
«rosas en Londres las misas, puesto que casi se celebran en to-
«das las calles; y si acaso se aproximan los inquisidores, nos re-
«fugiamos á otra casa, ó se ofrece el santo sacrificio en el campo,
«llegando alguna vez á celebrarle hasta en las mismas cárceles:
«nuestros perseguidores lo saben muy bien, porque casi pasa
«ante sus ojos; pero no pueden impedirlo, y esto les llena de des-
«pecho. Hormigúean por todas partes los escritos de toda espe-
«cie sobre el suplicio de los tres Mártires, elevándolos hasta las
«nubes, y arrastrando hasta el polvo á los adversarios que los han
«condenado y que rabian de furor, á los que aun los niños les
«echan en cara la crueldad que han usado con los siervos de Dios.
«El carcelero que custodió á Campion en la torre de Londres se
«ha convertido de calvinista acérrimo en católico celoso. El gran
«almirante Howard, que á su regreso á palacio después de la
«ejecucion fué interrogado por la Reina en presencia de toda la
«corte, contestó que llegaba de Tiburn donde habia visto morir
«á los tres Papistas.—¿Y qué os han parecido? dijo la Reina.—
«Muy sabios, Señora, dotados de una gran firmeza é inocentes:
«yo mismo los ví rogar á Dios por V. M. y perdonar á todos sus
«enemigos, llegando hasta protestar por su eterna salvacion, que
«jamás se les habia ocurrido la idea de perjudicar al reino ni á
«V. M.—¿De veras? replicó la Reina, en cuyo semblante se de-
«jó ver un signo de sorpresa; y en seguida añadió: Mas sea co-

«mo quiera, nada tengo que ver con eso; allá se las compongan
«los que les han condenado.»

Tambien Pilato se habia lavado las manos diciendo: «Soy ino-
«cente de la muerte del Justo; vosotros que le habeis juzgado, sa-
«bréis el por qué.» Isabel, segun el relato de Parsons, trató de
representar un papel idéntico en presencia de la corte; pero no
podrá decirse que delinquiró por debilidad: los que acababan de
sentenciar á los tres sacerdotes obraron por instigacion suya; á
mas de que si la historia ha podido olvidar los nombres de aque-
llos jueces, como olvida los de tantos otros magistrados crimina-
les, ha conservado el de aquella Reina; y de consiguiente, ella
sola debe cargar con la ignominia inherente á la memoria del ase-
sino. Los ingleses católicos y los protestantes ilustrados no se
ocultaron de confesarlo así, llegándose á suscitar un clamor tan
general que, para acallarle, se vieron precisados los ministros á
proponer á la Reina que mandase promulgar un decreto, como
efectivamente lo verificó con fecha de 1.º de abril de 1582, por
el cual se ordenaba creer á todos los ingleses, que Campion,
Sherwin y Briand habian sido condenados con causa legíti-
ma, prohibiéndose toda clase de investigacion sobre este asunto,
dando por motivo que debia creerse ciegamente sobre la pa-
labra de la Reina. El mencionado edicto no produjo el efecto es-
perado: la muerte de Campion habia llegado á ser el objeto de
la conversacion y admiracion de todos los moradores de Londres;
por lo que se vieron precisados á poner en práctica las medidas
del mayor terror, expeliendo de las universidades y desterrando
del reino á los jóvenes que no podian disimular sus sentimientos.
Al poeta Walsinger, que habia celebrado en heróicas y excelen-
tes trovas el valor del Jesuita, mandó la Reina que le cortasen las
orejas, como así se hizo, mientras que los lores Paget, Catesby,
Southampton y Arundel fueron lanzados en los calabozos; medi-
das todas, que lejos de comprimir el movimiento dado por los
Padres, tendieron mas bien á precipitarle. Fr. Diego de Yepes,
monje gerónimo y confesor de Felipe II, que escribia á la sazón
su *Historia particular de Inglaterra* (lib. II, cap. X, núm. 13 y 14),
decia: «Entre tantas cosas como han sucedido dignas de admi-
«racion en la persecucion suscitada en la Gran Bretaña, no hay
«ninguna que me sorprenda tanto como el prodigioso valor de
«aquella juventud, y el ardiente celo y encumbrada fe de aque-
13

« Los fervientes católicos, que como otros tantos modernos Abraham, se sometieron gustosos al holocausto de sus hijos. »

La Compañía de Jesús había declarado una guerra franca á los Anglicanos, y Parsons se hacia cada vez mas temible por lo mismo que se había visto expuesto á tantos riesgos, que no supo eludir tampoco con mas felicidad. Todos los dias ponian precio á su cabeza, siguiéndole la pista do quier que se albergaba; y aunque este espionaje no daba otro resultado que tener en continuo movimiento á sus enemigos que le buscaban en vano, servia no obstante para descubrir á otros muchos sacerdotes católicos, á quienes echaban mano para fomentar en el ánimo de la Reina la detestable idea de que cada uno de ellos urdia un complot contra sus dias. El Jesuita tomó, por fin, el partido de abandonar por un momento la mision de Inglaterra, retirándose á Francia, donde estableció una imprenta de caracteres ingleses en la ciudad de Ruan; en seguida pasó á Eu, donde fundó un colegio con el duque de Guisa, destinado á la recepcion de los jóvenes católicos; y después de haber publicado su obra intitulada: *El director cristiano*, concibió el grandioso proyecto de renovar la fe en el corazon de la Escocia.

Las pasiones y errores de María Estuart, acrecentadas por la ambicion de los unos y el celo calvinista de los otros, no habían dado otro resultado que dejar la corona en las sienas de un niño. María contaba entre sus súbditos numerosos y esforzados adictos, dispuestos en cualquier ocasion á inmolar sus vidas en favor de una princesa que excitaba el entusiasmo hasta el mayor grado. En el dia de la lucha había la victoria abandonado su enseña, y se vió precisada á solicitar un asilo en Inglaterra en el año de 1568; asilo que ofreció Isabel á su parienta y rival, lanzándola en un calabozó, y colocando á Jacobo Estuart, que aun se hallaba en la cuna, en aquel trono minado por las escisiones de los partidos. María, que por sus infortunios y grandeza de alma expiaba tan cruelmente las faltas de su corazon y de su política, vigilaba desde su prision por la ventura de este niño; y reemplazando en su alma el instinto maternal á los ensueños de su sexo y á las voluptuosidades de la reina, deseaba que su hijo fuese católico como ella lo era; y como los Jesuitas le habían dado frecuentemente consejos tan saludables, quiso ponerlos al lado del jóven Príncipe. Para complacerla, y con el objeto de vigilar por la salvacion de los escoceses, envió Parsons en 1581 al

P. Guillermo Walsh al mencionado país, del que por muerte del conde de Morton, regente del reino, acababa de ser investido con las mismas funciones el duque de Lenox. El momento no podia ser mas favorable, pues siendo católico el nuevo regente, permitió á Walsh sondear con detencion el estado de las cosas y las disposiciones del Soberano; remitiendo en seguida el General de la Orden á Edimburgo, á solicitud del Papa, á los PP. Edmundo Hay y Critton. El duque de Lenox tenia poca energia para oponerse á las usurpaciones de los herejes, á quienes protegia Isabel; conociendo lo cual Critton regresó á Paris, donde expuso la situacion de aquel reino en presencia del nuncio Castelli, del obispo de Glasgow, del duque de Guisa, del embajador español, del Dr. Allen y del P. Claudio Matthieu; decidiéndose en esta reunion que saliese el exponente para Roma y Parsons para Madrid, con el objeto de reclamar socorros eficaces en favor de los católicos escoceses y de la seguridad del Monarca, á quien trataban de enlazar con una princesa católica. Estos dos embajadores no podian obtener resultados satisfactorios; porque aunque determinaron muy luego á Gregorio XIII y á Felipe II á suministrar tropas y subsidios, teniendo Isabel bajo su férula á la Escocia, no tardó en asalarar una nueva insurreccion, que dió por resultado la prision del regente en una partida de caza, y su deportacion á las costas de Francia. Embarcáronse no obstante en 1584 los Padres Gordon y Critton, sin aterrarse á vista de los obstáculos y riesgos que por do quier les amenazaban; mas no tardaron en ser entregados á los holandeses por el capitán del navío; y la Reina, que veia en Critton un enemigo personal, pagó á sus carceleros su cabeza á precio de oro, con el objeto de hacerle figurar en los procesos políticos, en tanto que Gordon, que había encontrado un medio de sustraerse á la cautividad, se dirigió al Norte de Escocia, donde en union de los PP. Hay y Duray, dió principio á la predicacion del Evangelio. Ya empezaba á prosperar la mision de los cuatro Jesuitas, cuando Isabel, siempre suspicaz y en continua alerta, escribió en 1585 á Jacobo Estuart una carta en que le mandaba extrañar del reino ó bien encarcelar á todos los sacerdotes, y especialmente á los Jesuitas; orden que obedeció sin demora el monarca de Escocia.

La muerte de Campion y sus dos colegas no había satisfecho las sanguinarias miras de aquella mujer atroz, que ambicionan-

do protestantizar á la Inglaterra, habia llegado á conocer que el mejor medio de verificarlo era cerrar para siempre á los Jesuitas la entrada de este reino. Esperó intimidarlos por medio de la calumnia ó de la tortura; hizo subir al patíbulo en 30 de mayo de 1582 al P. Tomás Cottam y otros tres compañeros suyos, los que sometidos al tormento y entregados á *la hija de Scavinger*, le toleraron con la misma resignacion que los demás mártires que les habian precedido. Reduciase el mencionado suplicio, cuya etimología habian sacado los verdugos del nombre del inventor, á dos arcos de hierro unidos por un extremo y encorvados hácia fuera por el otro, que por medio de un anillo formaban un círculo que se podía estrechar y dilatar á voluntad del que le manejaba; colocaban en él de rodillas al paciente por la parte de la union; aplomábase el verdugo, gravitando con todo el peso de su cuerpo sobre la cabeza y pecho de la víctima, y doblegándola cuanto cabia en la posibilidad, cerraba de pronto los arcos por los otros extremos, quedando hecho el torturado una especie de hola, que solo daba muestras de ser una criatura humana por la sangre que brotaba de sus narices, manos y piés. *La hija de Scavinger* era el pasatiempo mas placentero de la Reina virgen, y uno de los suplicios que han pasado por alto sus panegiristas; porque á los ojos de ciertos sugetos, la tiranía es siempre excusable, y mas cuando se ejerce contra los Católicos.

El P. Cottam habia sufrido dos veces esta tortura, que se imponia únicamente á los criminales mas endurecidos, y que Isabel reservaba para los Jesuitas, cuando después de salir victorioso de ella, le arrastraron en la infame carreta al patíbulo que habia merecido su ardiente fe. Al hallarse por frente del sitio fatal le intimaron que confesase en presencia del pueblo su traicion contra la Reina, y que la pidiese perdon. «Ni uno ni otro haré, contestó el Jesuita, porque jamás he sido culpable de tal crimen. ¿Os parece creible que hayan sido cómplices de vuestra decantada «rebelion tantos sacerdotes á quienes habeis dado una muerte «horrorosa, y que ni uno solo haya confesado ni aun el haberse «sele ocurrido semejante idea? Al pié de esta horca, próximos á «parecer ante el tribunal de un Dios justo, lo mismo que ayer al «sufrir las torturas de *la hija de Scavinger*, protestamos todos sin «excepcion que empleais vuestros suplicios contra unos hombres «inocentes.»

Murieron como habian vivido.

Las persecuciones á que se veian expuestos los Jesuitas á cada paso en Inglaterra, y el encarnizamiento con que los torturaban, solo servian para estimular á otros nuevos: en esta misma época se dejó ver Haywood, mientras que el conde de Arundel y Enrique Percy, conde de Northumberland, fallecian en los calabozos de Isabel proclamando la unidad católica, y mientras que en el año de 1583 perecieron en Yorck en un patíbulo los Lacy, Kirkman, Thompson, Hart, Tyrke y Labourn, legando á los fieles el ejemplo de su muerte, que todos ansiaban imitar. Viendo Isabel y sus ministros que las torturas activaban los progresos del catolicismo en vez de comprimirlos, se contentó con encarcelar, perseguir y arruinar á los demás por medio de impuestos ó confiscaciones, hasta que en 12 de febrero de 1584 tuvo otra vez tal sed de sangre católica, que de setenta y tantos sacerdotes que se consumian en sus cárceles, entregó seis al dogal de los criminales. La hija de Enrique VIII tenia, sin embargo, en tanta estima su fama de virginidad como á la de Reina elemente. Cuando vió que el rumor de sus cadalsos se habia difundido por la Europa entera, y que, aun en aquel siglo de revoluciones en que la equidad natural era mirada como cosa de nada, habia llegado á poner en conmocion á todas las cortes del continente, para disculparse á los ojos de las actuales y futuras generaciones, encargó á su consejero íntimo que pusiese á cubierto su honor. Cecill, ayudado por Camden, publicó en inglés y latin su obra intitulada: *Justitia Britannica*, en la que afirma el escritor oficial, aunque se guarda muy bien de probarlo, que los Jesuitas y sacerdotes supliciados fueron convencidos todos de traidores y atentadores contra los dias de la Reina.

Al contestar Parsons y el Dr. Allen á esta obra de la *Justitia Britannica*, acusaron con tal vehemencia á Leicester y Cecill, que para defenderse éstos de las imputaciones que les atribuian, empezaron ambos á echarse en cara públicamente y por escrito sus pasados crímenes y sanguinaria conducta. El Jesuita Parsons y el Dr. Allen lo habian dicho todo. Camden, el Pausanias anglicano, y cuyo talento habia recompensado Isabel nombrándole rey de armas de Inglaterra, adujo tales pruebas en corroboracion del aserto de Parsons, que la historia no debe pasarlas en silencio, puesto que hacen palpable la impudencia del protestantismo.

« A decir verdad (son palabras de Camden) no se empleaban
« otros medios que los del fraude para espiar los corazones; for-
« jaban multitud de cartas, que hacian pasar como llegadas de
« parte de la reina de Escocia y de los católicos fugados, y las
« introducian en las moradas de los papistas para hallarlas des-
« pués y aducirlas como pruebas de su complicidad; penetraban
« do quiera los espías, escuchando cuanto se hablaba, porque cual-
« quiera que podia referir la menor bagatela era admitido á de-
« poner en tela de juicio; efectuáronse numerosos arrestos por
« simples sospechas, entre otros los de los condes de Northum-
« berland, su hijo Felipe, de Arundel y Guillermo Howard, her-
« mano del anterior; y tenian, por último, un modo tan insidioso
« de interrogar, que la inocencia mas palpable, unida á la saga-
« cidad mas consumada, apenas podian evadirse de caer en sus
« redes ¹. »

Tal es en resumen la version de Camden; y en este concepto,
¿cuál debería ser la realidad, si la historia escrita bajo los aus-
picios de Isabel contiene tan negros borrones? En esta misma épo-
ca, algunos espíritus tímidos y pusilánimes aconsejaron al Pa-
dre Matthieu, provincial de Francia, que cesase de remitir sa-
cerdotes y libros á Inglaterra, pretextando que era lo mismo que
ofrecer nuevos combustibles al volcan de la persecucion, y ade-
más pedian que regresase Parsons á Roma. Matthieu iba á comu-
nicárselo al General de la Compañía, cuando se le anticipó aquel,
solicitando de Aquaviva que remitiese cuanto antes á los Padres
Weston y Garnett. El Dr. Allen, ese hombre tan erudito á quien
no tardaremos en ver promovido al cardenalato por el papa Six-
to V, escribió una epistola que debe ser meditada por todos los
partidos como un tratado de la perseverancia, pues coloca en su
verdadero terreno la cuestion que se agitaba entre los Jesuitas
franceses. Dice así:

« En cuanto á las dudas que se han suscitado entre algunos in-
« dividuos acerca de la mision de Inglaterra, no extraño que los
« que habitan en ciertos parajes donde la Iglesia católica disfruta de
« una paz octaviana, ignoren las medidas que conviene tomar don-
« de tiene que estar en abierta pugna con sus enemigos. No nie-
« go que en estos últimos años hemos perdido treinta sacerdotes,
« que han sido sacrificados; pero, mirándolo bien, no es esto una

¹ *Annales regni Elisabeth, etc., ad annum 1584.*

« pérdida, sino mas bien un lucro; ya porque hemos ganado mas
« de cien mil almas, ya tambien porque hemos conducido nues-
« tros adversarios, los unos á desesperar de poder defender la he-
« reja, y los otros á concebir mejor opinion de nosotros. Si el te-
« mor del peligro nos hiciese ceder un palmo de terreno al ene-
« migo, si creyesen advertir en nosotros la mas ligera apariencia
« de terror, acabaria la Religion con nuestra existencia. Lo que
« deseaban nuéstros antagonistas, y lo que hasta ahora les ha te-
« nido en expectativa, era ver que, intimidados por la magnitud
« del riesgo y la atrocidad de los tormentos, aminoráramos nues-
« tros esfuerzos y fatigas en obsequio de la Religion: si hubiesen
« echado de ver que efectivamente nos acobardaban sus intrigas y
« violencias, y que nos halláramos próximos á una extincion to-
« tal, no hubieran dejado de suscitarnos otra persecucion mas ter-
« rible que la primera. A la menor esperanza que hubiesen llega-
« do á concebir de que nos disponíamos á cederles el campo, y que
« una vez muertos nosotros, no seríamos reemplazados por otros
« nuevos luchadores, hubieran exterminado á cuantos tenian en
« su poder; y en vez de eso, se contentan con tenerlos aherro-
« jados en sus calabozos, porque están bien persuadidos que de
« nada les serviría asesinarlos para hacerles abandonar su empre-
« sa, y por otro lado exasperarian al pueblo inglés y al universo
« entero. »

El Dr. Allen no se engañaba. Algunos meses después, ago-
biada Isabel bajo el peso de la lucha, se detuvo de repente en la
senda de los asesinatos jurídicos, contentándose con proscribir
por medio de su Parlamento. Todo Jesuita ó sacerdote debia sa-
lir de su reino en el término de cuarenta dias; y se prohibia ba-
jo pena de confiscacion y encierro perpetuo el suministrar sócor-
ros pecuniarios á los jóvenes que estudiaban fuera del reino: sin
embargo, por una última cláusula, en que después de manifestar
palpablemente que las conspiraciones tan severamente castigadas
no eran á sus ojos mas que una pura fábula, se advertia « que to-
« das las anteriores disposiciones no serian aplicables contra cual-
« quier Jesuita, sacerdote, diácono, religioso ó eclesiástico, que en
« el período de cuarenta dias fijados consintiere en someterse á un
« arzobispo ú obispo del reino, ó bien á los magistrados, prestando
« el juramento requerido, y comprometiéndose á obedecer las le-
« yes y estatutos de S. M., tanto los ya promulgados como los